

## CONSECUENCIAS NATURALES

© 1994 by Elia Barceló

Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

Primera edición, febrero 2019

© Arte y diseño de la cubierta de Mercedes Palacios

© Edición de Crononauta

[www.crononauta.es](http://www.crononauta.es)

[info@crononauta.es](mailto:info@crononauta.es)

ISBN: 978-84-947958-6-2

Depósito Legal: SE 67-2019

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Safekat (Madrid)

 Aviso de contenido: esta novela contiene escenas de violación.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Elia Barceló

# CONSECUENCIAS NATURALES

Epílogo de Teresa López-Pellisa





*Esta novela y yo debemos mucho a los miles de horas de conversación y de vida que, a lo largo de los años, he compartido con personas de mi círculo íntimo. Conversaciones sobre hombres y mujeres, seres humanos. Experiencias vitales de comportamientos, de sentimientos, de ejemplo, de opinión.*

*Quiero expresar mi agradecimiento a todas ellas. (Me refiero a personas, de ahí el femenino).*

Escribí esta novela hace veinticinco años y me preocupa pensar que casi no hemos avanzado nada en este tiempo.

Dedico esta novela a todas las mujeres y todos los hombres que trabajan día a día por la igualdad, por hacer un mundo donde todos seamos personas solidarias y comprometidas con la creación de un futuro común de paz, equidad y respeto, donde la violencia, la explotación y la estupidez sean cosa del pasado.

E.B.



# I. NUEVAS AMISTADES





## CONTACTO

—¿Van a aterrizar? ¿Van a aterrizar aquí? —la voz de Diego oscilaba entre la maravillada sorpresa y la más profunda incredulidad, sazonadas ambas con la sal de la excitación y la pimienta de la inquietud.

Igor, el tercer oficial de comunicaciones, asintió con la cabeza dejando que su rostro expresara con la tensión de sus músculos la misma gama de emociones que las palabras de Diego.

—Parece que tienen un pequeño problema en el aislamiento de la bodega o el equivalente Xhroll del compartimento de carga; nada grave, pero como somos la estación más cercana y como, oficialmente, estamos en buenas relaciones...

—Pero prácticamente nadie ha entrado nunca en contacto directo con ellos.

—Pues tendremos el honor de estar entre los primeros. El comandante ya ha dado su consentimiento.

—¿Son todo hombres?

Los cinco oficiales reunidos en la sala de comunicaciones soltaron la carcajada. Nico era sencillamente

incorregible. Era un magnífico mecánico y, según se decía, su corazón, caso de existir, pertenecía por entero a sus máquinas, de preferencia los minúsculos robots encargados de reparar desde el exterior el casco de naves y estaciones. Pero lo que también había quedado suficientemente demostrado a fuerza de permisos era que las mujeres ocupaban el segundo lugar, aunque probablemente no en su corazón sino dos o tres palmos más abajo.

—Vamos, vamos, colegas. Es una pregunta seria. ¿Hay alguna mujer? Hace siglos que no vemos carne fresca.

—En esta estación hay setenta y tres miembros femeninos, Nico —contestó Hal suavemente.

—Sí, ya. Y doscientos catorce tíos. Y además, yo no hablo de miembros femeninos, sino de mujeres.

—De carne fresca —parodió Diego.

—Como te oiga la coronela Ortega se te ha caído el pelo, macho. —Igor había tenido un par de enfrentamientos con Diana Ortega por omitir en el texto de un comunicado a la tripulación las terminaciones femeninas reglamentarias en los adjetivos.

—Bueno, ¿las hay o no?

Igor le tendió una hoja de impresora:

—Aquí tienes la lista completa de los oficiales de la *Harrkh*. Los cinco últimos son los que visitarán

nuestras instalaciones y estarán en contacto con nosotros. Si a ti te dice algo...

Nico se apoderó ansiosamente del papel mientras Hal y Diego miraban por encima de su hombro.

La impresora había escrito cincuenta líneas de lo que parecía una combinación arbitraria de letras, en su mayoría consonantes.

—Esto no hay Dios que lo entienda.

—A eso me refería.

—Es una tomadura de pelo. No es posible que se llamen así.

—Es solo una aproximación fonética en nuestro beneficio, Nico. —Hal era lingüista y primer oficial de comunicaciones.

—Pues qué bien. Y entonces, ¿cómo nos vamos a enterar de si vienen mujeres?

—Esperando a que el comandante nos los y las presente. Cuando terminen de quitarse los trajes, lo más probable es que quede claro quién es qué. Suponiendo que tengan mujeres, por supuesto.

Nico hizo una mueca de exasperación.

—Pues claro que tienen mujeres. ¿Es que no veis los noticiarios? ¡Y qué mujeres! Si están la mitad de buenas que la tía que estableció el primer contacto...

—Pero a lo mejor no van a bordo de naves de carga. Dicen que tienen poca población.

—Si son tan parecidos a nosotros como se dice, no tendrán más cojones que llevar mujeres. Por lo de la igualdad de derechos.

—Bueno, colegas, yo voy a arreglarme un poco. —Nico se pasó la mano por la barbilla, reglamentariamente afeitada, y se puso en pie—. Hay que causar buena impresión a las señoras, especialmente cuando son extraterrestres.

—Oye, Nico. —Diego tenía una expresión francamente aprensiva—. No pensarás tirarte a una Xhroll, ¿verdad?

Nico exhibió una sonrisa lobuna, un despliegue casi ofensivo de dientes perfectamente blancos.

—Solo con su consentimiento, lo juro. Hay que dejar alto el pabellón de la patria.

Las reacciones fueron desde las clásicas risotadas acompañadas de palmadas en el hombro hasta la expresión horrorizada de Diego, pasando por la mirada de preocupación de Hal que, a pesar de todo, seguía acompañada de una sonrisa.

—¿Y si son monstruos disfrazados?

Nico se echó a reír.

—Tú has visto demasiado cine clásico, Dieguito.

—¿Y si la dejas preñada?

Con un esfuerzo por dominar la sonrisa que se le escapaba por los lados del bigote, cortado, según las ordenanzas, a la altura de las comisuras de los labios, Nico empezó a contar con los dedos:

—Primero, no creo que, a pesar de parecernos, seamos tan compatibles; segundo, ninguna mujer que yo haya conocido nunca es fértil por naturaleza si no toma los fármacos apropiados; tercero, lo mismo le hago un favor. ¿No decíais que tienen poca población?

Y con eso Nico efectuó su salida triunfal entre las risas de los compañeros.

Dos horas más tarde todos los oficiales de la *Victoria*, la estación espacial terrestre más alejada del planeta madre, se encontraban en el Salón de Actos en uniforme de gala esperando, entre cuchicheos y risas reprimidas, la entrada de la delegación de extraterrestres. El comandante Kaminsky, un lituano de ascendencia polaca que parecía hecho de alambre de espino, comprobaba disimuladamente cada veinte segundos su traductor portátil y, en un tic

aún más difícil de controlar, se estiraba el borde inferior de la guerrera.

Era la primera vez que iba a encontrarse cara a cara con unos seres de otro mundo y, aunque sabía que de aspecto eran casi del todo humanos, la idea le intranquilizaba considerablemente. Por otro lado, no tenía ninguna confianza en que aquel aparato que el primer oficial de comunicaciones le había colgado de la cintura funcionara realmente. Kaminsky sabía, como cualquier ciudadano bien informado, que dos años atrás la *Pallas Atenea* había establecido el primer contacto con el pueblo Xhroll y un pequeño equipo de lingüistas de ambos mundos había trabajado durante un tiempo en la creación de una lengua de trabajo que permitiera la comunicación a nivel básico. Lo sabía pero, ahora que estaba a punto de probarlo por sí mismo, su confianza en el trabajo de los lingüistas no estaba precisamente en su punto álgido.

Obedeciendo a una señal acústica, los hombres y las mujeres de la *Victoria* adoptaron la posición de firmes mientras sonaban los primeros compases del himno mundial terrestre y la delegación de los Xhroll hacía su entrada por el pasillo central, precedidos por el capellán católico en quien había recaído la delicada misión de maestro de ceremonias, según la opinión

más generalizada para que el pobre hombre pudiera contarle a su obispo al término de sus cinco años de destino que en una ocasión tuvo algo que hacer.

Nico, que había conseguido ocupar un puesto perfecto, junto al pasillo en el tercio delantero de la sala, se esforzaba por observar con el rabillo del ojo a los Xhroll que avanzaban hacia el estrado y, conforme subía de tono el ligero murmullo producido por varias decenas de respiraciones asombradas, subía su excitación. Si había una mujer, una única mujer, sería suya. Ya ni siquiera le importaba lo fea que pudiera ser. Lo importante era que él sería el primer humano en...

La vista de los Xhroll le cortó el aliento y todos los procesos mentales.

Eran... Eran... Hermosos. Perfectos. Tan perfectos que, por un instante, solo por un instante, ni estuvo seguro, ni le importó, si eran machos o hembras. Eran todos diferentes en color de piel y de cabellos, iban sencillamente vestidos con un mono negro sin distintivos ni adornos y sus cuerpos eran tan similares que solo cuando subieron al estrado junto al comandante y se giraron de frente a la oficialidad de la *Victoria*, tuvo Nico la seguridad de que la segunda por la izquierda era una mujer. El tamaño de sus

pechos, aunque no excesivo, no dejaba lugar a dudas. Los otros miembros de la tripulación eran hombres. Por lo demás las diferencias eran mínimas: todos parecían jóvenes, fuertes y ágiles, todos los músculos de sus rostros estaban en reposo como si fueran muñecos de cera; la forma y el color de los ojos, el corte de pelo y el color de la piel hacían muy fácil su identificación, pero era una impresión engañosa porque, aparte de esos detalles, eran prácticamente intercambiables.

El comandante comenzó su discurso mientras los ojos de los Xhroll vagaban por la sala sin que un solo movimiento facial denotara sus reacciones.

—Honorables huéspedes del planeta Xhroll. Todas y todos nosotras y nosotros, ciudadanas y ciudadanos del planeta Tierra, nos sentimos inmensamente honradas, honrados y orgullosas, orgullosos por el raro privilegio que nos ha sido concedido al poder contar con vuestra presencia aquí. Esperamos que os sintáis como en vuestra propia casa y nos comprometemos solemnemente a hacer todo lo que esté en nuestra mano para que podáis continuar sin peligro vuestro viaje y para que las relaciones de amistad entre nuestras dos especies se fortifiquen y prosperen en el futuro.



»En nombre de las ciudadanas y ciudadanos del planeta Tierra os doy la más cordial bienvenida a nuestra estación espacial *Victoria*.

Los ojos de Nico, que no se habían apartado un instante del rostro de la mujer Xhroll durante el discurso del comandante Kaminsky, se vieron al fin descubiertos. La mirada de la extraterrestre, en su sistemático barrido de la sala, estableció contacto ocular con él y lo mantuvo durante unos segundos. Entonces él, en contra de todas las reglas, le regaló esa esplendorosa sonrisa que tantas resistencias femeninas había conseguido vencer.

Los ojos de ella, que ya habían comenzado a apartarse para seguir su recorrido, regresaron y Nico creyó descubrir en su rostro impasible un principio de reacción que, sin embargo, no pudo precisar.

Luego los asistentes empezaron a aplaudir al comandante y el contacto se rompió.

Uno de los Xhroll, el de piel oscura, dio un paso al frente y el pequeño traductor, conectado al sistema de megafonía de la sala, hizo llegar sus palabras a los oficiales.

—Mundo Tierra, Xhroll os agradece. No tenemos interés en contactos futuros, pero vuestra ayuda era

necesaria ahora. También ayudaremos cuando vosotros necesitéis.

El mensaje fue tan corto y tan brusco el final que, por un momento, todos se quedaron sin saber qué hacer. Cuando, tras unos segundos de silencio, el capellán comenzó a aplaudir y fue inmediatamente secundado por el comandante, todos los asistentes comenzaron a hacer palmas, silbar y rugir con tanto fervor que a ellos mismos empezó a parecerles ridículo y la ovación se cortó casi de golpe.

Rompieron filas y fueron dirigiéndose a las largas mesas que, arrimadas contra la pared, hacían las veces de bar. Nico, que sabía que durante la primera hora los extraterrestres serían monopolizados por los altos oficiales y no tenía ningún temor de que otro consiguiera antes lo que él se había propuesto, fue a servirse una copa de vino sintético y, al hacerlo, se encontró frente a frente con Diana Ortega, que había alargado la mano hacia la misma jarra.

—Gente de pocas palabras, ¿eh, mi coronela?

—Pocas y bastante groseras, teniente.

—¿No quiere usted ir a que se la y los presenten?  
¿Ni siquiera a la mujer?

La coronela dio un largo trago de su vaso de plástico.

—Ni se ha inmutado cuando ese hijo de su padre ha hablado en masculino genérico.

—Bueno, mi coronela, a lo mejor ellas y ellos son diferentes. Hace un par de siglos a las y los terrestres tampoco les importaba en qué genérico se les dirigiera la palabra.

Ortega soltó un bufido.

—Sigo sin verle la gracia. Y usted, ¿no quiere que le presenten a la mujer?

Coronela y teniente se llevaban bastante bien a pesar de la distancia jerárquica y la fama de conquistador de Nico. Según él, precisamente por eso; según ella, porque el bufón tenía una tradición innegable en toda comunidad cerrada.

—Pues sí, mi coronela, eso pretendo. Es un deber de honor, compréndalo.

Ortega echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada que sonó como el rugido de un león.

—Es usted un hijo de chulo, Andrade. Inténtelo, inténtelo. A ver si de una vez encuentra la horma de su zapato. Aunque lo dudo; una mujer que no se inmuta por ese trato... En fin, no quiero molestar. Ya me contará.

La coronela se perdió entre la gente y Nico empezó a dirigirse dando codazos y empujones hacia la

mesa del fondo en torno a la cual los extraterrestres se destacaban nítidamente por su extraordinaria altura y su vestimenta negra. Sus voces, pasadas por el traductor, eran suaves, agradables y misteriosamente impersonales, pese a lo cual le resultaban muy excitantes.

Todavía estaba Nico dándole vueltas a cuál de sus muchas estrategias de acercamiento debía emplear cuando, sin poner nada de su parte, la mujer se desgajó del grupo y avanzó unos pasos hasta colocarse frente a él.

—¿Me estás buscando a mí? —Oyó preguntar a la mujer.

Sintió la boca seca de un momento al otro; él se la había imaginado más tímida y su intuición no solía fallarle.

—Solo a ti —contestó, mirándola a los ojos, quince centímetros más arriba de los suyos, e ignorando el hecho de que fuera ella quien hubiera comenzado la conversación.

—Eres el único terrestre que me atrae. Los otros no son claros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nico, intrigado.

—O no saben lo que quieren o lo saben, pero no lo expresan. Vuestras relaciones deben de ser agotadoras.

—¿Porque uno o una nunca sabe lo que de verdad piensa o quiere el otro o la otra?

—Exacto.

—Bueno, no creas, tenemos nuestras convenciones. Uno o una siempre lo sabe más o menos. O lo adivina y se equivoca, claro.

—Me parece de una complejidad superflua.

—Es cuestión de costumbre.

—¿Cuál es tu motivación para entrar en contacto conmigo?

Si Nico hubiera sido capaz de ruborizarse, lo habría hecho en ese mismo instante.

—Pues yo quería... esto... quería tener una relación sexual contigo, si es posible y si estás de acuerdo.

La Xhroll se llevó una mano al oído donde estaba insertado el traductor, como asegurándose de su buen funcionamiento.

«Ya está», pensó Nico. «Ya me he pasado. Ahora la tía se ofende y resulta que acabo de crear un incidente diplomático intergaláctico».

—Mi traductor me comunica que has usado un tiempo pretérito. ¿Quiere eso decir que era tu primera intención y ya no te interesa?

Nico sacudió la cabeza, perplejo. ¡Qué asquerosamente literales eran!

—Sí, sí. Claro que aún me interesa. ¿Y a ti?

—También a mí, pero tengo que consultarlo. Puedes hacer tu consulta mientras yo hago la mía. Nos encontraremos en la puerta dentro de cinco minutos.

Le dio la espalda y se alejó en dirección al grupo de Xhrolls dejando a Nico clavado en el sitio. Cinco minutos. En cinco minutos tenía que hablar con Kaminsky y encontrarse con ella. Era imposible que le diera tiempo. Además, ¿por qué diablos tenía que consultar nada con Kaminsky? No estaba de servicio, y en su tiempo libre podía hacer lo que le diera la gana; si se tratara de una mujer humana resultaría ridículo pensar en pedirle permiso a su comandante para acostarse con ella, así que, ¿por qué tenía que hacerlo solo porque era Xhroll? Lo más probable era que Kaminsky se pusiera pálido de furia, que era su reacción natural ante cualquier cosa que lo sacara de su rutina habitual, y que lo mandara encerrar hasta que se hubieran ido los visitantes. Mientras que si no se enteraba hasta después, podría castigarlo por lo sucedido, por supuesto, o por enfrentarlo a un hecho consumado, pero no podría impedirle nada.

Una vez tomada su decisión, se dirigió hacia la puerta con la garganta contraída y un peso en el estómago aunque, con la costumbre de los años, ni su

forma de andar ni la sonrisa que enmascaraba su rostro hubieran revelado a nadie la inquietud que sentía. No es que se estuviera arrepintiéndose ya de lo acordado con la Xhroll. En absoluto. Eso lo iba a convertir en el hombre más famoso de la Flota y su fama tomaría proporciones de leyenda; por ese lado estaba seguro. Su inquietud procedía del hecho de que, de repente, recordando la corta conversación que habían mantenido, la expresión de hielo que la mujer tenía en toda circunstancia, como si fuera incapaz de mover los músculos faciales más que para hablar, se había dado cuenta de que no le excitaba. Era guapa, alta, joven, bien proporcionada, tenía una hermosa melena rubia y unos ojos verdes como de cristal pero era un témpano de hielo, por lo menos en público. Y si en privado no cambiaban las cosas, iba a tener que echar mano de toda su fantasía para poder cumplir lo que se había propuesto. Por primera vez en sus treinta y cinco años, el fantasma de la impotencia temporal pasó por su mente, pero no fue más que un pensamiento fugaz que en seguida desechó. No le iba a pasar. Era absolutamente imposible. Se iba a tirar a esa Xhroll aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Igor y Diego se encontraban junto a la puerta con un vaso en la mano cuando él llegó.

—No me digas que te has dado por vencido y te retiras a llorar tu derrota —bromeó Igor.

—A lo mejor es que le ha entrado sentido común. —La expresión de sorna de Diego contradecía sus palabras.

Nico sintió cómo las bromas de sus amigos volvían a infundirle todo el valor que había perdido por unos momentos. Echó un vistazo a su reloj y a la sala antes de contestar:

—Estas Xhroll, aparte de estar buenísimas, son de una puntualidad que asusta.

Efectivamente, la mujer se dirigía en línea recta hacia ellos entre grupos de hombres y mujeres que se apartaban a su paso.

—Todo arreglado —dijo al llegar.

Él la tomó delicadamente del codo, lo que le valió la primera expresión que había visto en su rostro, algo que interpretó como sorpresa, aunque hubiera podido ser cualquier otra cosa, y, con un guiño a sus compañeros, abandonó el salón.

Cuando Igor y Diego consiguieron reponerse de su sorpresa se dieron cuenta de que prácticamente la totalidad de los oficiales que llenaban la sala tenía la vista clavada en la puerta por la que Nico y la mujer habían desaparecido. Los cuatro Xhroll, junto al



comandante, escrutaban los rostros que los rodeaban con algo que parecía inquietud, aunque sus cuerpos seguían relajados.

Entonces, de algún lugar del fondo del salón, surgieron un silbido y unas palmas y pronto todos se encontraron aplaudiendo y dándose golpes amistosos entre risas y chistes.

Los Xhroll no llegaron a tanto, pero en sus cuatro rostros impasibles apareció una sonrisa, fugaz pero inconfundible.

Solo había dos personas perfectamente serias en la reunión: el comandante Kaminsky y el capellán católico.

Nunca le habían parecido tan largos los corredores que llevaban del salón al cubículo que, como oficial, le correspondía y que solía llamar orgullosamente «mi piso». Si hubieran estado en la Tierra, la estrategia habría sido evidente: una copa, una buena cena con luz de velas y música suave, un paseo en biplano sobre las montañas, aterrizaje directo en la terraza de su edificio, un baño en la piscina caliente a la luz de la luna,